


**IRVING SHULMAN**

**WEST  
SIDE  
STORY**



**Traducción de Ángela Esteller**



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2021

*West Side Story* tuvo su origen en los escenarios de Broadway. Inmediatamente, se la reconoció como una de las producciones musicales más creativas del siglo xx. El éxito obtenido con la versión cinematográfica fue igual de espectacular.

La revisión en clave contemporánea de esta historia clásica continúa siendo una de las aportaciones más importantes al teatro estadounidense.

*WEST SIDE STORY*  
NOVELIZACIÓN A CARGO DE IRVING SHULMAN

Adaptación de *West Side Story*, musical de Broadway concebido por Jerome Robbins, con libreto de Arthur Laurents, música de Leonard Bernstein y letra de Stephen Sondheim. Dirigido, producido y coreografiado en su totalidad por Jerome Robbins.

## CAPÍTULO UNO

Riff Lorton echó un vistazo al reloj de pulsera que le había birlado a un borracho la semana anterior, vio que eran casi las nueve y dejó escapar un gruñido porque aún tenía toda la noche por delante. Los últimos rayos de sol, cálidos y protectores, todavía no se habían extinguido, así que tendría que esperar a que oscureciera. Llevaba todo el día inquieto, impaciente por ponerse manos a la obra, por movilizar a los Jets y pasar a la acción.

Era normal que los más jóvenes, como Baby-John, rondaran por ahí esperando a que alguien les diera órdenes, pero, al caer la noche, le correspondía a él demostrar que podía mantener a los Jets tan ocupados y célebres como cuando el descarriado Tony dirigía el cotarro.

Había varias cosas por hacer. Un par de Jets necesitaban un reloj, así que podían acercarse hasta Central Park y buscar a algún borracho a quien robárselo. O podían merodear por los arbustos hasta encontrar a algún imbécil pegándose el lote con su chica y ver si podían

sacar partido de la situación. Podían incluso separarse y pasearse por el parque contoneando las caderas hasta que uno de ellos llamara la atención de algún marica patético y lo emboscaran para robarle la cartera y el reloj.

Pero ninguna de estas posibilidades lo convencía. Al anoecer, Central Park se llenaba de polis que primero te aporreaban y después hacían las preguntas. Cualquiera tipo que estuviera a aquellas horas en el parque con una chica estaría a todas luces abusando de ella, y, por tanto, el inocente transeúnte podría toparse con problemas. Además, muchos de los maricas eran bastante fuertes (mozos de carga, camioneros, expertos yudocas, tíos que parecían luchadores); meterse con ellos podía suponer acabar con el cráneo roto. Y los que tenían más pluma no eran de fiar en absoluto: podían pertenecer a la secreta y estar patrullando en busca de mariposones. Así que Central Park quedaba descartado.

Por supuesto, estaban las chicas, pero la noche era larga, y si las recogían tan pronto, retendrían a los Jets hasta el amanecer; además, a juzgar por la manera en que Graziella se pegaba a él, acabaría por convertirlo en un vejestorio antes de tiempo. Pese a lo lista y alocada que era, últimamente tenía unas ideas terriblemente estúpidas sobre el matrimonio y no dejaba de quejarse de que muchas parejas de su edad ya se estaban casando. Por el amor de Dios, pero si hasta le había enseñado una sección del periódico en la que aparecían

los nombres y edades de todos aquellos que se habían casado, ¡y la mayoría de aquellos imbéciles no tenían ni dieciocho años!

«No, señor», se dijo Riff. Sabía que el resto de los Jets estarían de acuerdo: no era necesario pasar por el altar para seguir disfrutando.

–Bueno, ¿qué hacemos? –Action, el lugarteniente de Riff, le dio un codazo–. ¿Cómo vamos a mancillar el nombre de nuestra bella ciudad esta noche?

Riff se hurgó los dientes con el carné de identidad en el que constaba que tenía veintidós años. De mediana estatura, mandíbula y rostro cuadrados y pelo rapado para que nadie lo utilizara en su ventaja en una pelea, Riff tenía unos ojos grandes e inteligentes, separados por una nariz que ya le habían roto dos veces. Como el resto de los Jets, vestía el uniforme veraniego: pantalones de algodón o vaqueros, camiseta ajustada para marcar músculo y unas botas negras de caña baja. Los Jets se congregaron en torno a él en espera de su decisión y Riff se apoyó en la farola; los chicos –mirada brillante de expectación, labios apretados con crueldad y dedos transformados en garras– se revolvían nerviosos, deseosos de pasar a la acción.

Riff miró por encima de sus cabezas, como tantas otras noches, esperando a que Tony apareciera. No llegaba a entender por qué los había abandonado de aquel modo y empezaba a sospechar que tenía que ver con

aquella historia que Tony le había explicado sobre su madre. Pero todas sus madres –la suya propia, la de Action, A-Rab, Diesel, Gee-Tar...– habían recibido amenazas a diario y, hasta el momento, no habían tenido que lamentar ninguna desgracia.

–Deja de buscar al polaco. –Oyó que decía Action–. Tony no quiere saber nada de nosotros.

–¿Sabes cuál es tu problema? –preguntó Riff.

Action dio un paso atrás y juntó las manos, haciendo crujir los nudillos.

–Venga, dímelo.

–Pues que tienes un cerebro de mosquito.

Baby-John soltó un silbido.

–Eh, Riff, eso no ha estado mal. Alguien tendría que dejarlo por escrito. –Se agachó para esquivar el manotazo de Action y después se apartó hacia el bordillo–. Vale, Action. Lamento haberme reído.

–Vuelve a hacerlo y no tendrás tiempo de lamentarlo.

La advertencia de Action no iba solo dirigida a Baby-John, sino también al resto de los Jets.

Action nunca había compartido la decisión de incorporar a Baby-John a la banda. Tony había apadrinado al muchacho alegando que todos habían empezado a pulular alrededor de los Jets cuando tenían trece o catorce años y que el chiquillo que no lo hacía ya podía ir pensando en largarse del vecindario. Pero Action pen-

saba que había chiquillos y chiquillos, y Baby-John... bueno, era una mierda de apodo para la persona en la que tenías que confiar cuando la cosa se ponía fea.

Con cada vez mayor frecuencia, a Action se le pasaba por la cabeza desafiar a Riff y tratar de hacerse con el liderazgo de la banda. Sin embargo, si lo intentaba y salía airoso, se convertiría por méritos propios en el jefe de los Jets y sería él quien diera las órdenes; era mejor la situación actual, en la que podía quejarse de todo y poner a Riff contra las cuerdas para que demostrara una y otra vez su valía.

La tensión a la que Riff se veía sometido en su trabajo como líder conseguía que los Jets fueran una banda unida y compacta. Nadie, ni siquiera las bandas de los alrededores, se metía con ellos. Incluso los negros evitaban el barrio. Solo los puertorriqueños, cada día más numerosos, se atrevían a merodear por allí. Y si la maldita policía, el alcalde y el resto de la gente no ponían remedio, lo harían ellos. Todavía frotándose los nudillos, Action se imaginó que el alcalde acababa por concederles una medalla. Agasajarían a los Jets con una gran ceremonia, un montón de discursos, alcohol y chicas, y, al final, cuando llegara el momento de la condecoración, ¡los Jets les dirían por dónde se podían meter sus medallas y los dejarían con un palmo de narices!

–Menudo aburrimento de noche –dijo Diesel, poniéndose en pie de un salto después de hacer el pino.



Alzó los ojos hacia las estrellas y después miró las luces de la calle—. Hoy no estoy inspirado. No se me ocurre nada. Y no tengo tanto sueño como para irme a dormir. ¿A alguien le apetece un cine? –sugirió.

–Nada de cine –dijo Riff—. Daremos un paseo y veremos qué surge. Vosotros dos... –añadió, señalando a Mouthpiece y a Tiger–, mantened los ojos bien abiertos.

Con la espalda recta, los pulgares hundidos tras la pesada hebilla del cinturón y dando firmes zancadas, Riff empezó a caminar mirando fijamente hacia un punto indefinido en el horizonte. Cualquiera que se interpusiera en su camino debía apartarse, porque aquel era su territorio.

Tras él, los Jets se pusieron en marcha en parejas o grupos de tres: Baby-John iba pegado a Riff, lo imitaba en todo lo que podía y confiaba en que nadie, y en especial Riff, se percatara de que él, al igual que su jefe, llevaba los pulgares hundidos en el cinturón. Action, A-Rab, Big Deal, Snowboy y Gee-Tar también empezaron a caminar de ese modo. Aquella era la señal para decirle a todo el mundo que los Jets habían empezado la ronda, que estaban dispuestos a meterse con quien fuera, donde fuera y por el motivo que fuera.

La apariencia, malos modos y determinación de los Jets no distaban mucho de los habituales de las miles de ban-

das que se propagaban por los suburbios de la ciudad, aunque lo más aterrador era que ninguna de ellas tenía un objetivo concreto para su odio. Podía ser una mirada, una palabra, un gesto, incluso un pensamiento... Detestaban cualquier cosa y a cualquier persona que se cruzara en su camino. Merodeaban por la ciudad sin rumbo, en busca de destrucción. Nada les daba seguridad, porque toda cosa o persona era su enemigo. Así que los Jets, con la crueldad de una bestia ciega y rabiosa, se abatían sobre todo lo que encontraban a su paso.

Su víctima u objetivo podía ser un hombre con el que habían charlado el día anterior, un muchacho o una muchacha con el que habían bromeado minutos antes, un tendero que solía fiarles, un edificio abandonado con una ventana por romper. Las bandas, dedicadas por completo a destruir e incapaces de respetar a personas o instituciones, arrollaban con lo que se ponía ante ellas, y cuando ya no quedaba nada más por destrozarse, se volvían los unos contra los otros. Y de este modo, la ciudad se había convertido en un campo de batalla conformado por cientos de casas, azoteas, sótanos y callejuelas. Se había vuelto insegura, y la gente transitaba por ella con el miedo en el cuerpo.

Hasta que los puertorriqueños aparecieron en escena. A partir de ese momento, las bandas tuvieron un propósito y un objetivo, y la ciudad se volvió más segura para todos..., excepto para los puertorrique-

ños. Habían venido sin que nadie los invitara, así que cualquier desastre que les sobreviniera era solo culpa suya.

Los más juiciosos se preguntaban qué ocurriría si los puertorriqueños huían de la ciudad o los expulsaban. Sin embargo, era mejor no ahondar en aquellas cuestiones ni tratar de ver el futuro. Por el momento, las bandas luchaban contra los puertorriqueños, y estos les devolvían el golpe. Siendo optimistas, acabarían por exterminarse los unos a los otros. Con las esperanzas puestas en ese futuro feliz, la ciudad continuaba con su día a día, y con sus noches.

Como hacía calor, la gente se había asomado a las ventanas o estaba sentada en las escalinatas de los edificios. Muchos vieron a los Jets, aunque solo aquellos que aprobaban abiertamente sus actividades se atrevieron a llamar su atención. Los que no, apartaron la mirada o se escondieron tras periódicos y pañuelos: los Jets siempre traían problemas, y las gentes de aquel denso vecindario tenían más quebraderos de cabeza que aire para respirar, así que, ¿para qué buscarse más?

En todas las calles, las bandas dormían hasta bien entrado el día, se desperezaban a media tarde y, como si fueran gatos, se despabilaban completamente al llegar la noche para acechar los sótanos, las callejuelas, las azoteas y las calzadas del atestado y decadente barrio del West Side de Manhattan.

No había adónde ir ni lugar donde esconderse. Hacía veinte años que la Segunda Guerra Mundial había terminado, y la gente corriente todavía no podía permitirse una vivienda digna. Cuando un blanco dejaba el piso que tenía alquilado, no había casero más feliz, puesto que rápidamente encontraba un nuevo inquilino dispuesto a pagar un precio más alto. Otra opción era dividir las tres habitaciones del apartamento en cinco, seis o incluso ocho dormitorios, llenarlos de puertorriqueños y conseguir un fajo de billetes tan gordo como para pasar la mayor parte del año en Florida o California. No era necesario que el casero se desplazara para inspeccionar el edificio, conocer a sus inquilinos o encargarse del mantenimiento de paredes y techos. Si el edificio se desmoronaba, siempre podía convertir la propiedad en un aparcamiento.

Así que, al final, incluso quienes no sentían la menor simpatía por los Jets debían admitir que aquellos chicos eran los únicos que hacían algo por salvaguardar lo poco que quedaba del vecindario. Puede que sus métodos no fueran del agrado de todos, pero al menos ellos lo intentaban, lo que ya era más de lo que se podía decir de los políticos y su cháchara inútil.

Ninguno de estos políticos vivía en el West Side; ninguno tenía que luchar por conseguir un techo, por un poco de aire. ¿Y quiénes eran los culpables de que la ciudad se hubiese vuelto tan deprimente, de que es-

tuviera demasiado poblada, de que las calles fueran cada vez más inseguras una vez que caía la noche? Nadie había preguntado a los vecinos si querían a los puertorriqueños en el país. Y pese a no haber tenido ni voz ni voto en la decisión, eran ellos los que sufrían las consecuencias. Ningún periódico recogía las quejas del West Side; solo muchachos como los Jets, que usaban su voz y sus puños. Y eso se debía tener en cuenta.

Los Jets, chasqueando la lengua, dando fuertes pisotones y haciendo muecas burlonas, cruzaron la calle despacio, obligando a los coches a frenar en seco. Cuando un conductor estúpido se asomó para gritarles que se dieran prisa, Riff se detuvo, lo miró fijamente y, a continuación, se dirigió hacia él, seguido de Action y Diesel. El hombre del coche se apresuró a subir la ventanilla y puso el seguro. Como si fueran pececitos asustados que observan al gato desde su pecera, el conductor y la mujer que lo acompañaba solo pudieron mirar a un lado y a otro mientras los chicos, con una coordinación no exenta de práctica, escupían en el parabrisas y las ventanillas antes de apartarse para dejarlos marchar. Cuando el conductor arrancó, los muchachos la tomaron a golpes con el parachoques trasero y aullaron entre carcajadas; era una nueva patada en el culo a otro coche conducido por un vejestorio.

Action, satisfecho, regresó a la acera y señaló a un hombre y una mujer puertorriqueños de mediana edad que salían de una tienda especializada en productos de su país. La pareja vio a los chicos, vaciló un instante, se miró con indecisión y dio marcha atrás, regresando al interior del establecimiento. Sin embargo, no iban a escapar tan fácilmente. A la señal de Riff, Snowboy, que se tenía por un soldado de las fuerzas especiales, abrió la puerta de la tienda y lanzó una bomba fétida al abarrotado interior.

—¡Que se jodan! —dijo Snowboy a Baby-John cuando alcanzó a los Jets—. Viven como cerdos, seguro que no les molestará el olor.

Baby-John asintió sabiamente y tomó nota de la frase para ocasiones futuras. Riff y Action le acababan de enseñar cómo tratar a los conductores estirados que pensaban que la calle era suya por tener un coche, y ahora Snowboy había dejado bien claro quién mandaba en el barrio. Y si aquella pareja, al llegar a casa, explicaba lo sucedido a sus hijos y estos venían a por los Jets, mejor que mejor: cualquier puertorriqueño que pisara territorio Jet acabaría con la mejilla contra el suelo.

Los Jets, desafiantes y listos para pasar a la acción, continuaron con su ronda por el vecindario.

Llevaban dos noches seguidas sin que ocurriera nada digno de mención, y Riff sabía que el nerviosismo de los chicos podía tornarse contra él; justo lo

que estaba esperando Action. Un líder tenía que cuidar a sus hombres, hacer surgir cosas, y el que no lo hacía no merecía ser considerado como tal.

Sin embargo, Riff solo habría entregado de buen grado la vara de mando de los Jets a un hombre. Al pensar de nuevo en Tony, experimentó cierta amargura. «Puede que ese sea el problema», pensó Riff. Se empeñaba tanto en defenderlo que no cuidaba las necesidades de la banda.

De repente, oyó que Mouthpiece vociferaba algo: había tres puertorriqueños en la acera de enfrente, justo detrás de ellos. Riff y los muchachos dieron media vuelta y salieron disparados hacia allí. Pero los puertorriqueños, ataviados con aquellas chaquetas azules con ribete amarillo que los identificaban como miembros de los Sharks, se precipitaron al portal de un edificio. Riff soltó una maldición. No conseguirían nada siguiéndolos.

Sin embargo, podría haber más Sharks rondando por el vecindario. Action se burló, diciendo que iba a hacer una buena sopa de pescado esa noche con ellos, y Riff y los chicos, acompañados por las carcajadas que había provocado la ocurrencia, salieron en pos del enemigo. Estaban a punto de doblar una esquina y de separarse en dos grupos para cubrir más territorio cuando Riff alzó la mano, señalando la presencia del peor de sus problemas: la pasma. Los mu-

chachos, ya experimentados en el trato con los agentes, aminoraron el paso y esperaron a que el coche patrulla pasara de largo. Sin embargo, el vehículo se detuvo.

Los Jets adoptaron un aire inocente, el de unos simples chicos que habían salido a dar una vuelta. Riff tomó la delantera y se acercó al coche. Mouthpiece se había esfumado; se ocupaba de cargar con las navajas, dos pares de puños americanos y dos trozos de cadena de bicicleta que le sobresalían del bolsillo. Riff sonrió para sus adentros al comprobar la rapidez y habilidad con que Mouthpiece se había escabullido hacia un sótano cercano. Seguro que conseguiría llegar al cubo de basura que les servía de arsenal a través de callejuelas y trepando por escaleras de emergencia. En una maniobra experta para evitar que los policías fueran tras el artillero, Riff colocó la mano sobre la puerta del vehículo, impidiendo así que se abriera, y se inclinó para saludar al policía de paisano y al agente uniformado que lo acompañaba.

—¡Vaya, vaya, pero si es el teniente Schrank! —saludó Riff al hombre de facciones agradables que trataba de abrir la puerta con aire furioso—. ¡Y el sargento Krupke! —añadió, reconociendo al conductor, a quien Action y Big Deal mantenían retenido en el interior del coche—. ¿Qué los trae por esta parte de la ciudad?



–¿Quién era ese que ha salido corriendo? –preguntó Schrank–. Y aparta la mano de la puerta antes de que te rompa los dedos.

Riff dio un paso atrás e hizo una seña a Action para que permitiera a los policías apearse del coche.

–¡Vaya manera de saludar a unos jóvenes ciudadanos que solo desean vivir en paz con los representantes de la ley y el orden! –se quejó Riff.

En la acera, Schrank dio un par de zancadas vacilantes, considerando iniciar la persecución del chico que se había separado del grupo. Sin embargo, al resolver que no le daría alcance, enseñó gran parte de su dentadura y esbozó una sonrisa forzada. Alto, corpulento, musculoso, con unas manos grandes que ya habían roto unos cuantos cráneos, Schrank se balanceó sobre sus talones mientras partía un trozo de chicle que, a continuación, se llevó a la boca.

–¿Quién era ese que tenía tanta prisa por largarse? –preguntó.

Con gesto cómico, Riff pasó revista, contando las cabezas.

–Ni idea, teniente Schrank. Aquí no falta nadie. Estamos todos. Ahora, si fuera tan amable de decirnos a qué debemos el inmenso placer de su visita, podríamos recibirlo como se merece.

–Ni placer ni nada de nada –soltó Schrank.

Llevaba en el cuerpo más de treinta años y sus ras-

gos se habían endurecido con la experiencia y el fatalismo filosófico que había hecho posible su supervivencia. Schrank creía que todas las personas, sin excepción, eran manzanas podridas y que, en especial, hacía falta mano dura con los que daban problemas: a esos había que erradicarlos y someterlos.

–Si a alguien más le da por salir pitando, los que caigan en mis manos pagaran por ello –advirtió a los Jets–. ¡Y no pongas esa cara de estirado, A-Rab!

–Por desgracia, no tengo otra –protestó A-Rab–. Si tiene alguna idea de dónde puedo encontrar una de repuesto...

–A mí sí se me ocurre algo –interrumpió Krupke abruptamente–. Ven conmigo ahí atrás y verás que bonita te la dejo.

Schrank alzó la mano para hacer callar al agente.

–¿Quién de vosotros ha tirado una bomba fétida en la *bodega*<sup>1</sup> al final de la calle?

–¿Bodega? –preguntó Baby-John–. Vamos, señor inspector. Que todavía soy pequeño para escuchar palabras tan feas.

–Creo que será mejor que te largues a casa, chaval –advirtió Schrank–. Eres demasiado bobo para mezclarte con estos chicos duros.

Snowboy pasó un brazo protector sobre el hombro

1. En español en el original.

de Baby-John. Había utilizado la última bomba fétida en la tienda y ya no llevaba más encima.

–Teniente Schrank, somos los encargados de vigilarlo para que no se meta en líos, señor. –Dio unos golpecitos a Baby-John en la cabeza y este puso los ojos en blanco con aire inocente–. Lo mantenemos alejado de las malas compañías.

Ignorando la broma, Schrank retomó el tema que lo ocupaba.

–¿Así que no sabéis nada de lo de la tienda?

Riff negó con la cabeza y, a continuación, levantó la mano como si estuviera prestando juramento.

–Hemos visto a un par de Sharks hace unos minutos –sugirió–. Puede que al vago del tendero se le haya olvidado pagar a cambio de protección. Aunque si prefiere que seamos nosotros los que repartamos justicia... –dijo, mirando con anhelo la funda de pistola que Krupke llevaba colgada del cinturón–, estaremos encantados de hacerlo, y a cambio de nada.

–Ya basta de comedias –cortó Schrank–. No han sido los Sharks. El tendero asegura que el asaltante no era puertorriqueño.

Big Deal enseñó las palmas de las manos y negó tristemente con la cabeza.

–Pues si no han sido los puertorriqueños, y nosotros tampoco, solo queda una opción... –manifestó–. Sospecho que la faena la ha hecho un poli.

–O dos –añadió Snowboy–. Dos agentes desleales que reniegan de su juramento.

–Exacto –convino Big Deal–. Uno ha abierto la puerta y el otro ha tirado la bomba. Qué vergüenza... ¿Adónde iremos a parar? –concluyó el muchacho, chasqueando la lengua.

–Te estás pasando, chaval –lo reprendió Schrank–. ¿Quién lo ha hecho? ¿El tipo que se ha largado? ¡Venga, hablad! Ya sabéis que hay una diferencia entre ser un chivato y cooperar con la ley. La conocéis, ¿verdad?

–La conocemos, señor. Ustedes nos la enseñaron –contestó Riff, paseando la mirada de Schrank a Krupke.

–Tal vez les interese saber, caballeros, que estamos ahorrando lo poco que ganamos para comprarles un regalo de agradecimiento por instruirnos en dicha diferencia –declaró Snowboy con solemnidad y florituras, lo que hizo que Baby-John se doblara de la risa–. Es un conocimiento imprescindible para convertirse en un ciudadano modelo, y sin él, habríamos continuado viviendo en la más ciega ignorancia. ¿Cómo habríamos podido cumplir con nuestras responsabilidades cívicas?

Tras levantar humildemente la mano para acallar los aplausos, Snowboy hizo una reverencia y dio un paso atrás para esquivar el porrazo que preparaba Krupke.

–Escúchame, Riff, y esto también va por vosotros, gamberros –bramó Schrank al tiempo que asía el

hombro de Riff con fuerza—. Lo que tengo que deciros puede que os coja por sorpresa... —Apretó todavía más para provocar en el chico una mueca de dolor—. Las calles no os pertenecen, golfos.

—Nunca hemos dicho que fuera así.

Pese al dolor, la voz de Riff sonó firme y despreocupada.

—Últimamente ha habido demasiadas riñas y escaramuzas entre vosotros y los puertorriqueños. No aguantaré ni una sola más. Estáis todos avisados. Visto que tenéis que estar en algún lado, quedaos en vuestra calle y punto. Y que no se os ocurra entorpecer el paso.

Action dio una palmada.

—¡Ja, es una orden! ¡Ni siquiera podemos ir a trabajar! ¡Muchas gracias, teniente Schrank!

—Puede que sea el momento apropiado para mencionar el reformatorio. —El teniente dejó de sonreír y mascó el chicle, moviendo la mandíbula con exageración—. Se acabaron las peleas, ¿entendido? —continuó, y por la manera en que apretó el puño izquierdo, los Jets comprendieron que debían dejar las bromas—. Si no impongo el orden aquí, terminaré como agente de tráfico, lo que significa que tendré que ver vuestras sucias caras día sí día también, algo que no podré soportar. Tengo mis ambiciones, ¿sabéis?, y vosotros tendréis que cooperar o, al menos, seguirme la corriente. Así pues... —apretó de nuevo el hombro de Riff, ha-

ciendo que el chico perdiera el equilibrio—, os quiero de vuelta a vuestro vecindario. No quiero que salgáis de allí. No quiero veros buscando a los Sharks ni a ninguna otra banda de puertorriqueños. Quiero que seáis amables con ellos. ¿Lo entiendes, Riff? —Zarandéó al muchacho—. ¿Lo entiendes, maldito golfo?

—Lo entiendo —respondió Riff. Sentía un dolor agudo en el hombro, pero de ninguna de las maneras iba a demostrarlo. No pensaba darle esa satisfacción al policía. Los Jets tenían que estar orgullosos de él y pensó que Tony, de haber presenciado la escena, también lo habría hecho—. Quiere que nos comportemos como siempre lo hemos hecho: de forma pacífica.

—Y en lo que respecta al resto de gamberros de vuestra banda —continuó Schrank—, ya podéis transmitirles este mensaje: si no hacen lo que les digo, los moleremos a golpes. Mis colegas y yo nos morimos de ganas de hacerlo. —Dio un empujón a Riff, quien, tambaleándose, cayó sobre Action—. Volved a vuestra calle, niños —repitió Schrank—. Krupke y yo pasaremos a arroparos en vuestras camitas.

Mientras regresaba con su compañero al coche patrulla, el teniente sintió que allí no había amor, ni lo había habido en el pasado ni lo habría en el futuro. Antes de subir, ordenó a los chicos con un gesto que empezaran a desfilar y advirtió por el rabillo del ojo que Krupke lo observaba, admirado ante su manera de afrontar la situa-

ción. Krupke lo recordaría, lo mencionaría, y tal vez serviría de ayuda a otros policías que ya no se tragaban esa mierda de que era culpa de la sociedad y que los menos privilegiados eran unos incomprendidos.

Él sí que los comprendía y, de haberle puesto las manos encima al chico que había lanzado la bomba, se la habría restregado por la nariz. Schrank suspiró profundamente y advirtió que Krupke asentía, reconociendo el trabajo ingrato y también peligroso que desempeñaban.

Sin embargo, un policía no podía permitirse pensar en el peligro. Si lo hacía era porque empezaba a tener miedo y, en los tiempos que corrían, para patricular por aquellas calles se debía ignorar el miedo. Jets y Sharks... Bah, solo eran dos bandas más entre todas las que infestaban el West Side. A veces tenía la sensación de que se multiplicaban como cucarachas. Y a las cucarachas, como a las bandas, había que aplastarlas sin piedad.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Krupke.

Schrank suspiró de nuevo.

—Vamos a ver si encontramos a los Sharks. Quiero tener una pequeña charla con Bernardo.

—¿Un chico duro? —preguntó el sargento.

—No más que los otros. Habla con cierto acento puerriqueño, pero seguro que entiende un buen puñetazo en la boca. Todo el mundo entiende ese idioma.

Observaron cómo los Jets se alejaban calle abajo, furiosos y con aire desafiante: andares rígidos, grandes zancadas y fuertes pisotones, espaldas cuadradas, pulgares remetidos tras el cinturón.

—¿Y si regresamos a la tienda para ver si obtenemos una descripción del asaltante? —sugirió Krupke.

Schrank arrugó la nariz.

—Ni hablar. No soporto el olor.

—¿El de la bomba o el del tendero? —preguntó Krupke.

Schrank soltó una carcajada seca y áspera.

—Prefiero no responder.

Por la manera en que caminaban, silbando, riendo y jactándose, Riff comprendió que los Jets estaban convencidos de haber conseguido una victoria, ¡y nada menos que contra la pasma! La gente los había visto hablar con los polis, todos habían podido observar cómo había resistido el castigo, y la noticia llegaría a oídos de los puertorriqueños. Puede que hasta Tony se enterara y decidiera regresar.

No tenía ningún problema en que Tony volviese a tomar el mando. Sonriendo para sus adentros, Riff pensó en que aquello destrozaría a Action, pero todo iría bien. Action había visto cómo el gilipollas del teniente la tomaba con él. ¡Y cómo apretaba, el muy ca-



brón! Tenía ganas de frotarse el hombro, pero se contuvo. No quería que los Jets creyeran que le había hecho daño. Nadie se atrevería a decir que no había soportado el castigo como un verdadero líder.

Vio, en el reloj que estaba tras la reja del escape de una casa de empeños, que eran casi las diez. Todo había sucedido a una velocidad increíble. Volverían a su rincón, pasarían una hora comentándolo una y otra vez, recreando la situación, diciéndose lo que habían estado a punto de soltarles a Schrank y Krupke, lo que habrían hecho si esos desgraciados se hubiesen atrevido a lanzar el primer puñetazo. Y así, darían las once. Todavía demasiado pronto para retirarse, pero no tanto como para ir a buscar a las chicas. Quedaban muchas horas hasta que amaneciera, horas en las que no había nada que hacer, y toda esa energía contenida en su interior estaba lista para salir, deseosa de estallar.

Tenía que ver a Tony, hablar con él, rogarle que volviera. Cuando Tony estaba al frente, cada minuto de cada hora estaba ocupado, siempre con algo que hacer. Es verdad que, en aquellos días, Tony y el resto de los Jets luchaban por el territorio. Habían tenido que enfrentarse a todos para hacerse los amos del vecindario, y Riff y los otros chicos lucían cicatrices que así lo acreditaban. Lo habían conseguido y, después, habían defendido la posición. Nadie se había atrevido a desa-

fiarlos: nadie hasta que había aparecido Bernardo, uno de los primeros en llegar.

Los otros puertorriqueños vivían repartidos por todo el barrio, pero Bernardo se empecinaba en llevarlos hasta su manzana. Era evidente lo que tenía en la cabeza: apoderarse del territorio. Si Bernardo y sus Sharks lo conseguían, los blancos tendrían que irse, lo que supondría otra victoria para los puertorriqueños y su ridículo acento. ¿Y dónde irían entonces? ¿Al río? «Ni hablar», se juró Riff. Si alguien tenía que vivir en el agua, esos eran los Sharks. ¡Malditos cerdos! Jamás se lavaban y almacenaban el carbón en la bañera. Si los enviaban al río de una patada, igual hasta les hacían un favor.

—¡Riff!

Este se encogió de hombros sin volverse.

—¡Eh, Riff! —Anybodys estaba a su lado—. ¿Qué quería Schrank?

Riff contempló a aquella muchacha delgada, pálida y varonil. Llevaba el cabello cortado como el de un chico. Debajo de la camiseta se apreciaba un torso plano y vestía los vaqueros por debajo del ombligo porque su cuerpo carecía de forma alguna. Unos pies sucios se escondían en unas zapatillas igual de sucias, que ataba con cordones deshilachados. Cuando Baby-John se precipitó sobre ella para tratar de magrearla, Anybodys lo esquivó con un derechazo digno de un chico.

Pero falló el golpe. Maldijo a Baby-John con una voz áspera y desafinada y, a continuación, escupió.

–Ya te cogeré –advirtió a Baby-John–. ¿Qué ha pasado, Riff?

–Hemos estado hablando.

–¿Sobre qué?

–Sobre ti –dijo Riff–. Schrank me ha preguntado si quería librarme de ti y le he dicho que sí.

Anybodys trató de agarrarle el brazo, pero Riff se zafó.

–No me lo creo –contestó la muchacha–. No dirías eso de un miembro de los Jets.

–Tú no eres una Jet. Aunque no es porque no lo hayas intentado –admitió Riff.

–Y entonces, ¿por qué es? –Anybodys siguió trocando al lado de Riff y se las arregló para agarrarlo por el cinturón–. Estoy dispuesta a hacer lo que sea.

–¿Lo dices en serio?

–Pruébame.

–Está bien. Vamos a ir a buscar a las chicas –dijo Riff en voz lo suficientemente alta como para que los muchachos lo oyeran–. Todos. Incluso Baby-John. Vamos a acostarnos con ellas. ¿A cuál vas a elegir?

Unas estrepitosas carcajadas ahogaron el quejumbroso aullido que salió de labios de Anybodys. Ciega de ira, trató de golpear a Riff, pero este paró el golpe y Baby-John se acercó de nuevo para meter mano a la

chica. Las lágrimas se agolparon y resbalaron por las sucias mejillas de ella, y la frustración hizo que buscara una roca, un palo, una botella, algo con lo que desahogarse, pero no encontró nada a mano. Acompañada de los gritos y risas de los Jets, se alejó corriendo y se metió entre el tráfico. Sin prestar atención a los bocinazos de los sorprendidos conductores, esquivó una y otra vez ruedas y guardabarros hasta que alcanzó la otra acera.

—No ha estado nada mal, Riff —elogió Action—. Tony jamás consiguió sacársela de encima tan rápido.

Era primavera, mayo para ser exactos, pero las temperaturas nocturnas eran tan suaves que parecía verano. Desde su edificio, María Núñez miraba hacia Central Park, hacia las brillantes luces en las ventanas y hacia aquellos pedazos de ciudad iluminados de forma irregular. Una pequeña ascensión por la escalera de incendios le había evitado la tertulia que tenía lugar en la diminuta cocina, donde se apiñaban su padre, su madre, dos tíos, dos tías y varios amigos de la familia.

Sobre su cabeza, el cielo estaba repleto de estrellas, y unas nubes delgadas se disipaban al pasar ante la luna. Llevaba allí desde el atardecer, contemplando los altos edificios que, pese a estar a poco más de un kilómetro, parecían a una distancia mucho mayor que la que ella misma había recorrido la semana anterior.

Lentamente, la noche había caído sobre la ciudad, desdibujando la forma y la fuerza de aquellos monolitos, suavizando el tono de los metales y ladrillos de complicados diseños, borrando las torres y haciendo surgir patrones de color conformados por hileras y más hileras de ventanas. En aquellos maravillosos edificios, la vida era muy diferente, y María, con el mentón entre las manos, pensaba en los lujos que debían de rodear a aquella gente. ¡Y qué diferentes eran las calles! No se parecían en nada a las de Puerto Rico, donde las casas eran poco más que chabolas sin enlosar, sin cristales en las ventanas y, por descontado, sin agua corriente. La mayoría de las calles estaban sin asfaltar, no tenían aceras y la pobreza reinaba por doquier.

Cuando la semana anterior se había encontrado con ellos en el aeropuerto, no había podido creer que el hombre y la mujer que corrían hacia ella para abrazarla fueran sus padres. Parecían mucho más jóvenes, más seguros de sí mismos; incluso vestían mejor que la última vez que los había visto, dos años atrás. Al emigrar a Nueva York, se había decidido que ella y su hermana se quedarían en Puerto Rico con unos parientes. Solo los acompañaría su hermano, Bernardo, que los ayudaría a instalarse. Cuando preguntó por qué Bernardo no había venido al aeropuerto, su padre se limitó a fruncir el ceño. María descubrió el motivo al verlo: pese a ser un atractivo joven de dieciocho años con todo el futuro

por delante, sus ojos brillaban de agresividad, tenía un rictus severo en los labios y su voz era áspera, siempre dispuesta a criticar con odio a los estadounidenses.

Aquí, en Nueva York, tenían más de todo, incluso más odio. María lo habría dado todo y habría regresado a Puerto Rico si con ello hubiese podido cambiar las cosas. Albergaba la firme convicción de que odiar era un error. ¿De qué servía el odio cuando el amor era mucho más alegre y maravilloso?

María bostezó, estiró los brazos y se preguntó si ya era la hora de acostarse. Podía bajar al piso y estudiar inglés, o practicar dicha lengua con su padre, tratando de recordar que la colocación de los verbos era muy distinta en ese idioma. Pero la cocina estaba llena, y probablemente todos estuvieran hablando de San Juan y del pequeño país que en el pasado habían considerado como su hogar. ¿Por qué habían abandonado Puerto Rico? No hacía falta responder. Bastaba con meterse la mano en el bolsillo y admirar la cocina, con aquellos estupendos grifos y cañerías.

Unas luces intermitentes cortaron en diagonal el cielo de la ciudad, y María siguió el recorrido del avión. ¿Vendría de Puerto Rico? ¿O quizá regresaba allí? De nuevo, sintió la tentación de ir a la cocina, pero todo el mundo estaría hablando en español, y si hablaban en inglés, seguro que sonaba a español. Ella quería hablar inglés como los americanos, con consonantes ás-

peras y vocales que apenas se oían, sin musicalidad ni entonación. ¡Deseaba tanto convertirse en una muchacha norteamericana!

Se puso en pie, estirándose para abrazar la luna y las estrellas. El día anterior había cumplido dieciséis años, y su madre no había dejado de besarla y achucharla mientras repetía una y otra vez que sería una novia preciosa. Y había reparado en los ojos llenos de amor de Chino Martín, el amigo de su hermano. Poco después, Chino había transmitido a Bernardo y a sus padres su intención de casarse con ella. Era un muchacho decente que trabajaba como aprendiz en una fábrica textil de la Séptima Avenida. Algún día se convertiría en un oficial de pleno derecho. Chino era atractivo y muy tímido, algo que lo diferenciaba de Bernardo.

De puntillas, María empezó a girar y a enviar besos hacia el cielo y las lejanas torres. Si se casaba con Chino, sus hermanas dispondrían de más espacio, porque ella y Chino se mudarían a un piso propio. Y si hacían el amor, sería maravilloso, porque podrían gozar de privacidad, algo que sus padres no habían conocido durante casi veinte años. María se cubrió el rostro con las manos. Tenía que dejar de pensar en aquellas cosas, incluso si estaba sola en la azotea y enamorada del mundo.

¿Incluía ese enamoramiento a Chino Martín? No estaba segura. Sí, lo amaba, como amaba cuanto existía en el mundo, pero no más.

De pronto, oyó el chirrido de la puerta y, al volverse, distinguió la oscura silueta de un hombre. Un escalofrío provocado por el miedo y la sorpresa se desvaneció nada más oír que el recién llegado pronunciaba su nombre. El suspiro de alivio que dejó escapar María confirmó a Bernardo que lo había reconocido.

—¿Qué haces aquí arriba sola? —preguntó su hermano.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo malo en ello? —replicó ella.

—No es seguro. No lo sería ni aunque estuvieras con Anita.

—¿Y por qué no? —insistió María—. ¿Anita no es tu novia?

—Supongo que sí. —Bernardo se apoyó en el antepecho, encendió un cigarrillo y lanzó la cerilla hacia la calle, contemplando su caída—. Las azoteas no son seguras, y menos sola. Este vecindario está lleno de golfos y gamberros. No quiero ni pensar en lo que podría haber pasado si uno de esos Jets llega a verte.

Pese al calor de la noche, María sintió un escalofrío.

—¿Se habría atrevido a... eso?

—No se lo hubiera pensado dos veces —replicó Bernardo, dando una intensa calada al cigarrillo—. Uno de ellos ha arrojado hoy una bomba fétida en la tienda de Guerra. Si lo pesco, le voy a arrancar los brazos.



–¿Sabes quién lo ha hecho?

–¿Y qué diferencia hay? Era un Jet. El primero que pillamos pagará por todos. Ellos hacen lo mismo con nosotros.

–Pero ¿por qué tiene que ser así? –preguntó María–. ¿Por qué nos hacen daño?

–Porque dicen que nosotros les hemos hecho daño al venir aquí. ¿Sabes lo que voy a hacer?

–¿Qué?

–Uno de estos días, quizá mañana, me acercaré a Times Square con Pepe, Anxious, Toro, Moose y algunos de los muchachos y nos meteremos en una de sus tiendas de recuerdos para turistas.

–¿Para robar? –dijo María, que estaba espantada. Bernardo le acarició la mejilla.

–Por supuesto que no, hermanita. Solo para comprar un par de figuras de la Estatua de la Libertad. Algunas son así de grandes... –Hizo un gesto con las manos, indicando unos treinta centímetros–. Justo la medida perfecta para partirles el cráneo a los Jets. ¿Sabes qué inscripción hay en la Estatua de la Libertad? –le preguntó, con aire desafiante.

–No. ¿Debería saberlo?

–Dice algo como que los pobres pueden venir aquí para encontrar una vida mejor. Pues bien, aunque eso sea cierto, los Jets no piensan igual –continuó Bernardo–. Así que nuestra obligación es hacer que les

entre en esas cabezotas. Y las pequeñas Estatuas de la Libertad me parecen perfectas para tal fin.

María se puso en pie y se acercó a su hermano. Con los ojos abiertos, el corazón latiendo con tanta fuerza que daba miedo, negó lentamente con la cabeza mientras arreglaba el nudo torcido de la corbata de Bernardo. Era un joven muy atractivo, pero tenía los labios demasiado finos y unos ojos que parecían los de aquel animal que, en una ocasión, había visto atrapado en un cepo: temerosos, pero desafiantes y llenos de odio. No demostraba hostilidad, y eso era precisamente lo que daba más miedo.

–¿Por qué tiene que ser así? –dijo María y, a continuación, moviendo el brazo hacia la ciudad, añadió–: Estas personas... Yo no las odio.

–Pero ellos no te quieren –replicó Bernardo–. Mira, no vuelvas a subir sola a la azotea –concluyó con impaciencia.

María se restregó los ojos, en los que empezaban a asomar las lágrimas.

–¿Ni siquiera con Chino?

–Ni siquiera con Chino.

–Pero yo le gusto... ¿Es verdad que les dijo a mamá y papá que quiere... casarse conmigo?

–Así es. –Bernardo abrazó a su hermana y la apretó contra él–. Una vez que te hayas casado, podrás estar a solas con Chino. Pero hasta entonces, no vayas a

ningún sitio sin compañía –la advirtió de nuevo Bernardo–. Esos americanos repugnantes se creen con más derecho que nosotros, y si ven a una chica como tú... –Se detuvo, dio un paso atrás, ladeó la cabeza y contempló a su hermana–. Hermanita, eres preciosa. Chino es un tipo con suerte. Por cierto, ¿sabes que fue él quien les prestó a papá y mamá el dinero para que pudieran comprar tu pasaje? ¿Y que también pagó el billete de una de las pequeñas? ¿Lo sabías?

María agachó la cabeza.

–Sí, lo sabía. Tendré que trabajar duro para poder devolvérselo.

–Pero ¿a ti te gusta?

–Sí –respondió María.

Bernardo aplastó la colilla con la suela del zapato y sacó otro cigarrillo.

–¿Y lo amas?

–No lo sé –reconoció María–. Pero es un buen chico.

–Venga, bajemos. –Bernardo tomó la mano de su hermana–. Ya se han ido todos y puedes acostarte. Por cierto, no te he preguntado: ¿qué tal tu nuevo trabajo?

–¡Me encanta! –María juntó las manos, entusiasmada–. ¡Imagínate, una tienda de vestidos de novia! ¡Los velos, la ropa..., es todo tan bonito!

–Tú serás la novia más bonita de todas –dijo Bernardo–. La más hermosa. Cuando Chino te vea camino del altar, se quedará boquiabierto. No es un Shark en

el sentido estricto porque tiene un trabajo decente y cumple con sus obligaciones. Pero no quiero a ninguno de los de la pandilla para ti. –Abrió la puerta de la azotea y, haciendo una graciosa reverencia, dejó pasar a su hermana–. Sí, María, será un buen marido. Así que trata de enamorarte de él.

–Lo intentaré, Bernardo –prometió la muchacha–. Lo intentaré con todo mi corazón. ¿Vas a acostarte también?

–Más tarde –respondió Bernardo–. Tengo que ir a ver a los muchachos.

–¿Para qué? ¿Para ir en busca de pelea?

Bernardo le dio un beso en la mejilla.

–Solo para hablar de nuestras cosas –confesó, evasivo.

–Que Dios te acompañe.

–Con mucho gusto. No me molesta en absoluto –bromeó Bernardo.